

amenazas con los más rebeldes. Iban pasando así las cosas hasta que el 25 de Septiembre dió Martín Alonso Pinzón desde la popa de su navío la esperada voz de *tierra!* Parecía en efecto verse con tanta claridad al Sudoeste, que Colón arrodillado rindió gracias á Dios y las tripulaciones entonaron el *gloria in excelsis*: púsose la proa al Sudoeste y en tal dirección caminaron toda la noche; pero la luz del día vino á destruir sus esperanzas, pues la supuesta tierra no era sino una nube vespertina que durante la noche se había disipado.

Por varios días prosiguieron su camino entre temores y esperanzas; mas las señales eran ya tan frecuentes y claras que los marineros se llenaron de alegría. Los reyes habían prometido una pensión de diez mil maravedis, al que primero descubriese la tierra: deseosos de alcanzar este premio alzaban á cada paso los marineros la voz anunciándola, hasta que convencido el prudente capitán de la fatal influencia que los repetidos desengaños ejercen en ánimos ya atemorizados, ordenó que si alguno alzaba aquella voz y no se descubría la tierra dentro de tres días, perdiese para siempre todo derecho á la recompensa ofrecida.

El 7 de Octubre había andado ya 750 leguas, distancia á que pensaba encontrar la

isla de Cipango. Véanse volar con mucha frecuencia bandadas de pájaros hacia el Sudoeste, á donde sin duda iban á buscar abrigo. Cediendo á las instancias de los Pinzones puso la proa á dicho rumbo en la tarde del mismo día, y es de notarse que jamás el vuelo de unas aves ha producido más graves consecuencias. Si Colón, despreciando estos indicios, hubiese conservado su dirección á Occidente, habría arribado á la Florida, y acaso los Estados Unidos, en vez de tener hoy una población inglesa protestante, la tendrían católica española. Mil curiosas conjeturas pudieran formarse sobre este supuesto acontecimiento, que sentimos no sean de este lugar, ni propias de una obra de esta clase.

Siguiendo las naves su nuevo rumbo, encontraban con más abundancia los indicios de tierra. Sin embargo, cuando pasaron tres días sin descubrirse más que cielo y agua, llegó al extremo la irritación de los marineros. Quiso Colón apaciguarlos con buenas palabras, pero viendo que eran inútiles, se revistió de autoridad y les declaró expresamente, que perdían el tiempo en quejarse, pues había sido enviado por los soberanos á buscar las Indias, y con el favor de Dios había de proseguir hasta encontrarlas. Colocado de este modo en lu-



cha abierta con los suyos, no es necesario decir cuán peligrosa era su posición: por fortuna el día 11 sacaron del mar un junco verde, unas cañas, un palo labrado y otras cosas que mostraban la proximidad de la tierra. Al anochecer recordó Colón á los suyos los grandes beneficios que Dios les había hecho llevándolos á su fin con tiempos tan bonancibles: les repitió que según sus instrucciones debían caminar todos juntos durante la noche, y que pues en la presente debían hallar la tierra, estuviesen todos con la mayor vigilancia, que él prometía un jubón de seda al primero que la descubriese.

Serían las diez de aquella memorable noche cuando Colón, que estaba en el castillo de popa, creyó divisar una luz. No fiándose de sus propios sentidos en cosa que tanto anhelaba, llamó primero á Pedro Gutiérrez, criado de la casa real, y luego al veedor Rodrigo Sánchez de Segovia: ambos la vieron distintamente, y notando que á veces subía y bajaba, se ocultaba unas y aparecía otras, juzgaron ser una antorcha que alguno llevaba en las manos. A las dos de la mañana, la Pinta que por ser más velera caminaba algo más adelantada, dió la señal de tierra disparando su artillería. Véase ya claramente á dos leguas de dis-

tancia, y el primero que la descubrió fué un marinero llamado Rodrigo de Triana, aunque el premio fué concedido al almirante por haber visto antes la luz. Dícese que ésta que él creyó una injusticia exasperó tanto al marinero, que se pasó al Africa renegando de su religión. Recogieron las velas por lo que faltaba de noche, esperando la aurora con la mayor impaciencia. En este breve espacio de tiempo, ¡cuántas y cuán graves ideas se agolparían en la mente de Colón! Había llegado el momento de recoger el fruto de tantos años de meditaciones y esfuerzos: su teoría había triunfado: su nombre se había salvado del olvido. ¿Tenía á la vista la tierra, y la luz que había divisado era señal segura de que estaba poblada? ¿Pero sus habitantes pertenecían á la misma especie conocida, ó serían algunos de aquellos monstruos que la imaginación de los antiguos se complacía en colocar en los límites del mundo? Aquel sol que aguardaba impaciente, ¿iluminaría con sus rayos los dorados edificios de la opulenta Cipango, ó sólo el miserable albergue de algunos tristes y deformes salvajes? El que una vez oyó referir los grandes sucesos de aquella noche inmortal, no los olvida nunca; y esta relación siempre repetida y siempre escuchada con el mismo interés, con la mis-



ma ansiedad, pasará indeleble á las generaciones más remotas. En aquella noche nacía un mundo y se duplicaba la obra del Criador: ¡cuál ardería entonces la llama de la inspiración divina en la elevada mente del hombre elegido para instrumento de esta segunda creación!

La luz del día 12 de Octubre de 1492, fué la primera que alumbró á los europeos en el Nuevo Mundo. A sus primeros albores descubrieron una hermosa isla llana y amena, con varios arroyos y muchas arboledas. Lleno de gozo el almirante cayó de rodillas, y alzando las manos al cielo, con los ojos arrasados en lágrimas entonó el magnífico himno *TE DEUM LAUDAMUS*. Siguiéronle los demás, y pagada esta primera deuda al autor de todo bien, se entregaron á los mayores trasportes de alegría. Aquellos que más habían mortificado á Colón con su mala conducta, eran los primeros en pedirle perdón de sus yerros y en ofrecérsele por ciegos servidores. Mudanza propia de hombres vulgares, sólo buenos para estorbar á los espíritus superiores y que sólo acatan la inspiración del cielo cuando sus groseros sentidos la ven y palpan en sus grandiosos resultados.

Dispúsose inmediatamente el desembarco: Colón entró en el esquife de la capitana

llevando el estandarte real, y le siguieron en sus respectivos botes los hermanos Martín y Vicente Pinzón con la bandera de la empresa, en que había una cruz verde y las iniciales de los reyes católicos Fernando é Isabel con sus coronas encima. Llegados á la deseada tierra, todos la besaron y rindieron nuevas gracias á Dios por haberles permitido alcanzarla; levantóse entonces Colón y tomó solemne posesión de la isla en nombre de los reyes católicos: en seguida todos los presentes le prestaron homenaje como á virrey y almirante de las Indias, y aun hubo muchos que le pidieron ya mercedes. Puso por nombre á aquella isla San Salvador, aunque los naturales le llamaban Guanahaní. Se creyó por mucho tiempo que la primera tierra vista por Colón, fué la isla que aun conserva el nombre de San Salvador, una de las Bahamas ó Lucayas: posteriormente se dividieron las opiniones en favor de diversas islas de aquel grupo, pero las minuciosas investigaciones de un oficial de la marina norteamericana, publicadas por Irving (*Life of Columbus*, App. XVI,) no dejan duda de que á San Salvador corresponde la primacía.

Durante todos las ceremonias referidas los naturales contemplaban admirados los rostros, trajes y armas de los españoles



Parecían ser gente muy tímida y sencilla: los que se presentaron eran todos mancebos de buena edad y no había con ellos sino una sola mujer muy joven: iban enteramente desnudos y pintados de diversos colores. Al principio huyeron de los españoles, pero viendo que no se les hacía daño se acercaron con grandes muestras de sumisión. Repartió entre ellos Colón algunas baratijas, con las que quedaron muy satisfechos; y los que no pudieron alcanzar nada en el reparto, siguieron á los españoles hasta sus navíos, unos á nado y otros en sus canoas, formadas de un solo tronco y bastante grandes á veces para recibir más de cuarenta hombres. Toda su riqueza consistía en papayos y en ovillos de hilo de algodón; pero daban de ello liberalmente por cualquier cosa, aunque fuese qn pedazo de botella ó plato roto. Llevaban también en las narices y orejas algunos pequeños adornos de oro: excitada con su vista la codicia de los descubridores, les preguntaron que de dónde venía aquel metal, y ellos respondieron por señas que del Sur. Dieron también noticia de un pueblo guerrero hacia el N. O., que invadía sus islas y les llevaba prisioneros. No fué menester más para que Colón entendiese que en el Sur había un soberano tan opulento, que era servido en vajilla de oro,

y creyó también que los invasores de que se quejaban debían venir de la tierra firme, esto es, de los dominios del Gran Khan

En estos tratos se gastaron aquel día y el siguiente. El 14 salió Colón en los bateles á reconocer la costa; en todas partes fué bien recibido por los naturales, y en el mismo día volvió á sus carabelas. Con ellas dió á la vela, llevando consigo siete naturales de Guanahaní para que aprendiesen la lengua; y aunque dudó al principio cual isla reconocería primero de tantas como tenía á la vista, al fin visitó las tres mayores que llamó Santa María de la Concepción, Fernandina é Isabela, y son conocidas hoy, la primera con su mismo nombre y las otras con los de Exuma é Isla Larga. Sus naturales parecían ser de la misma raza de los de Guanahaní, tan tímidos como aquellos y tan amigos de los españoles. Colón no encuentra voces para ponderar la hermosura de estas islas, la riqueza de la vegetación, la abundancia de aves y peces de los más vivos colores, la suavidad de los aires embalsamados, y la blanda temperatura de las noches. Llegaba á la verdad en el otoño, la estación más deliciosa en los hermosos climas tropicales, y no es maravilla que encantasen su ánimo las magníficas escenas de la naturaleza en un mundo virgen, hijo de su constancia y valor.



Como los naturales siempre que se les hablaba de riquezas señalaban hacia el Sur y repetían el nombre de Cuba, creyó Colón interpretando el lenguaje mudo de los indios del modo más favorable á sus ideas, que allí estaba la famosa Cipango. Salió en su busca, y después de perder varios días por calmas y vientos contrarios, la tuvo á la vista el 28 de Octubre. Llamóle desde luego la atención su grandeza y su fertilidad. Echó el ancla en un hermoso río, y dió á la isla el nombre de Juana, en obsequio del príncipe D. Juan, heredero de los reyes católicos. Gastó varios días en reconocer las costas hasta llegar á un promontorio que llamó *Cabo de Palmas*: supo allí que sólo se hallaba á cuatro jornadas de *Cubanacán*, provincia interior de la isla; pero Colón creyó entender que se hablaba de *Kublai Khan*, soberano de los tártaros, y resolvió enviarle una embajada y la carta de los reyes, con dos españoles, uno de ellos judío converso que sabía el hebreo, el caldeo y algo de árabe, dando por supuesto que el soberano había de entender alguna de estas lenguas orientales. Los enviados sólo vieron una población de cierta importancia para estar en tierras de salvajes: los habitantes eran iguales á los demás isleños, y á no ser por un indio lucayo que llevaba de guía y ha-

blaba algo de español, no hubiera sido fácil entenderse, porque el hebreo y el caldeo del judío no fueron de ningún provecho. A su vuelta vieron atravesar varios hombres con un rollito de yerbas en la mano, que encendían por un extremo, y aplicando el otro á la boca, aspiraban aquel perfume ó sahumero. Los naturales llamaban á estos rollitos *tabacos*, nombre que después pasó á la yerba; y este vicio de los salvajes de Cuba ha acabado por invadir el mundo entero, formando una de las más pingües rentas de los Estados.

Desengañado Colón por la vuelta de sus embajadores de que ya no tenía que contar por allí con el Gran Khan, fijó su atención en el nombre de *Babeque* que usaban los indios para denotar una isla en que, según entendieron los españoles, se cogía el oro en los ríos de noche á la luz de unas teas para convertirlo después en barras á fuerza de martillo. Salió en demanda de aquella isla; pero el mal tiempo le obligó á volverse á Cuba. Durante esta travesía, tuvo el grave disgusto de que la Pinta le abandonase, sin hacer caso de las señales del almirante, hasta perderse enteramente de vista. Mucha pena y cuidado le causó esta deserción. Martín Alonso Pinzón, capitán de aquel buque, había tenido ya con él varias disputas



sobre el mando, pues la gran parte que había tenido en el armamento, le autorizaba á su juicio para tener también parte en las resoluciones. Colón creyó que su objeto era descubrir por separado ó adelantarse á llevar á España la nueva del descubrimiento, cuya sospecha no le dejó ya proseguir su viaje con sosiego.

Después de emplear varios días en reconocer la costa de Cuba, llegó al cabo más oriental de ella, y en la creencia de ser aquel el último extremo del Asia le dió el nombre de *Alpha y Omega*, es decir, *principio y fin*. Desde allí divisó al Sudeste una isla coronada de altas montañas, y á ella puso inmediatamente la proa. Era la isla de Haytí, una de las más hermosas del mundo, y que había de ser desde entonces teatro de las más lastimosas escenas.

El 6 de Diciembre por la tarde, ancló Colón en la bahía que llamó de San Nicolás, cerca del extremo oriental de la isla. Al acercarse huyeron los naturales como de costumbre: y no pudiendo encontrar á ninguno, pasó á otra bahía llamada la Concepción. Allí tomaron los marineros algunos peces semejantes á los de su país, y oyeron de noche el canto de unos pájaros que equivocaron con los ruiseñores; por esto y por la supuesta semejanza de la tierra con las

mejores provincias de España, dió el almirante á la isla el nombre de *Española*. Todavía no se lograba comunicación con los naturales; mas habiendo saltado en tierra unos marineros é internándose en el monte, dieron con un grupo de indios desnudos, que huyeron precipitadamente, dejando atrás en su carrera á una mujer joven y hermosa, que alcanzada por los marineros, fué llevada en triunfo á los navíos. Dispuso el almirante que se le tratase con el mayor cariño, y después de haberla vestido y colmado de regalos, la volvió á enviar á los suyos. Confiando en el favorable efecto que las relaciones de ella producirían en los salvajes, envió al día siguiente una partida de nueve hombres á buscar el pueblo. Halláronlo en un hermoso valle, y á su vuelta no acababan de ponderar al almirante la hermosura y fertilidad de la tierra, ni la humanidad y largueza de los naturales: lamentaban solamente el no haber visto entre ellos señales de riqueza.

Siguió Colón la costa, tratando siempre amistosamente con los indígenas, hasta el 20 de Diciembre que entró en el puerto de Acul, llamado por él de Santo Tomás. Aquí fué innumerable el concurso de los naturales y grande la contratación que hubo con ellos; pero lo más notable fué la llegada de



una gran canoa cargada de gente y en ella un enviado de Guacanagarí, cacique principal de aquella comarca, quien convidaba á Colón con la mayor instancia para que pasase á su pueblo. Ofrecióle en presente un cinturón curiosamente labrado y una máscara con orejas, lengua y nariz de oro. Agradecido Colón á la fineza y dádivas de Guacanagarí, le mandó decir que iría á visitarle, luego que el tiempo se lo permitiese, y envió por delante en las barcas al escribano de la armada con algunos compañeros.

La mañana siguiente (24 de Diciembre) partieron las dos naves con un ligero viento terral: á poco cesó del todo y sobrevino una completa calma, de manera que en todo el día apenas anduvieron tres leguas. Serían las once de la noche, cuando Colón, viendo que el mar estaba como un espejo, se retiró un rato á descansar, pues llevaba dos días de no dormir. El piloto, á quien dejó encargado el gobierno del buque, sintió la misma necesidad de descanso, y fiado también en la calma se entregó al sueño, dejando la caña del timón en manos de un grumete, contra la orden expresa del almirante, que había prohibido hacer tal confianza de mozos sin experiencia. Las traidoras corrientes de aquellos lugares fueron arras-

trando insensiblemente el buque, y antes de una hora dieron con él en un bajío. Asustado el muchacho comenzó á dar voces: despierta Colón, sube sobre cubierta y manda al punto echar un áncora por popa. El descuidado maestro y algunos marineros saltan en la barca; pero en vez de prestar el auxilio necesario, corren cobardemente á buscar refugio en la Niña. Su buen capitán Vicente Yáñez cumplió con su deber negándose á recibirlos y haciéndoles volver acompañados de su propia barca al socorro del general. Ya para esto, la nave, muy lastimada con el golpe, había hecho mucha agua y la baja de la marea la había dejado acostada casi en seco, siendo inútiles las diligencias de alejarla y cortar el mástil. La gente que iba en ella hubo de acogerse á la Niña. En ésta se mantuvieron á la capa el resto de la noche, y antes que amaneciese envió Colón un mensaje al cacique Guacanagarí de cómo por ir á verle había naufragado á legua y media de su pueblo. Con la primera luz del día 25 se empezó la traslación á tierra de cuanto venía en la nao, lo que se hizo en brevísimo tiempo, gracias al auxilio que prestaron un sinnúmero de naturales con sus canoas, mandados por Guacanagarí, quien no omitió diligencia alguna para favorecer y consolar á los españoles. Él mismo



en persona acudió á auxiliarles, é hizo poner guardas á todo lo depositado en la playa hasta que se encerró en dos bohíos ó casas que hizo desocupar á propósito, de suerte que los náufragos no perdieron cosa alguna. No contentó con tan oportunos socorros, hizo cuanto pudo para consolar al capitán de la pérdida de su navío, y puso á su disposición su reino, sus bienes y su persona.

La hospitalidad y mansedumbre de los naturales, la fertilidad de la tierra, y la esperanza de enriquecer en breve, fueron causa de que muchos de los españoles pidiesen al comandante que les dejase allí por primeros pobladores, dando por principal pretexto la suma dificultad de volver tantos á España en la pequeña carabela. Aceptó gustoso Colón la propuesta, movido del crédito y ventajas que le resultarían de dejar fundado un establecimiento que podría comerciar ventajosamente con los naturales y procurar grandes bienes á la religión y al estado. Instaba también Guacanagarí, movido sin duda del temor de las invasiones de los caribes, que daba por concluidas con sólo la presencia de los españoles: esperanza fomentada por Colón como un medio de tener sujetos á los indígenas. Para afianzarla aún más, creyó conveniente hacer un alarde de sus fuerzas y al efecto dispuso una escara-

muza en que jugasen todas las armas europeas. Indecible fué el espanto de los indios, en especial al oír el estruendo de la artillería, y al ver cómo una bala atravesó el costado del buque perdido. Para gente tan pusilánime no creía necesaria fortaleza alguna; sin embargo, dispuso Colón construir en el puerto una torre de madera con su foso, para lo cual aprovechó los materiales de la nave. Trabajaron con gran diligencia los españoles y no mostraron menos celo en ayudarles los haitianos: bien ajenos de que al prodigar sus sudores para afianzar la planta del europeo en el Nuevo Mundo remachaban sus grillos y abrían la puerta á la próxima destrucción de su raza.

Los pocos días que se gastaron en la construcción de la fortaleza los empleó el almirante en estrechar sus relaciones con el cacique por medio de visitas y obsequios mutuos, de que resultaba recogerse algún oro á cambio de baratijas, y en averiguar cuantas noticias podía de la tierra y de sus producciones, especialmente de las minas de oro, perpetua pesadilla del descubridor. Bien quisiera continuar reconociendo aquellas islas: pero el verse con una sola nave le llenaba de inquietud y desconsuelo, temiendo que con otro fracaso como el de la capitana no quedara quien llevase á Europa la



noticia del descubrimiento. Dispuso por lo mismo su regreso arreglando antes lo concerniente á la nueva colonia. Dejó en ella treinta y nueve hombres, todos voluntarios, entre los cuales había de varios oficios, como cirujano, carpintero, calafate, tonelero, artillero y sastre. Nombró por gobernador á Diego de Arana, y por tenientes y sucesores en caso de muerte, primero á Pedro Gutiérrez y luego á Rodrigo de Escobedo: les dejó el esquiife y armamento de la nave náufraga; bizcocho y demás víveres para un año, y todas las mercaderías de rescate que le quedaban. Encargóles mucho que buscasen por la costa un puerto mejor; que adquiriesen cuantas noticias de la tierra les fuese posible y aprendiesen la lengua; que rescatasen oro; que sembrasen las semillas europeas; que guardasen paz y amistad con los naturales; y por último, que fuesen buenos cristianos y viviesen unidos entre sí, obedeciendo en todo á los jefes que les dejaba. Llamóse aquel primer establecimiento europeo *La Navidad*, en memoria del día en que aconteció el naufragio. Arreglado todo, se despidió el almirante de los nuevos colonos, asegurándoles que les alcanzaría en la corte grandes mercedes como á primeros pobladores, y que pronto le verían volver con ellas y con abundantes

socorros: pero estaba decretado que jamás volvería á verles.

Dió Colón á la vela del puerto de Navidad el 4 de Enero de 1493, siguiendo la costa de la isla hacia el Oriente, y el día 6 tuvo el gusto de encontrar la Pinta, que venía navegando en dirección opuesta. Disculpaba Pinzón su falta atribuyéndola á la fuerza de los vientos; y aunque el almirante no dió crédito á su excusa, fingió quedar satisfecho con ella para evitar de ese modo todo disgusto y contestación en lo que faltaba de viaje. Prosiguió por entonces hasta arribar á la bahía de Samaná, donde encontró indios más valientes y mejor armados que cuantos había visto hasta allí: venidos al principio de paz no tardaron en manifestar sus instintos guerreros, de que resultó una refriega con los españoles, caso digno de mención, por ser la primera vez que los europeos derramaron la sangre americana. No fué obstáculo aquel lance para que los días siguientes continuasen los tratos amistosos; y aunque las noticias de los naturales despertaron en Colón deseos de visitar las islas Caribes y otras inmediatas, hubo de renunciar á su intento, así por el mal estado de los buques, como por el ansia que mostraba la gente de regresar cuanto antes á su patria.



Desde la bahía de Samaná, á la cual por la refriega pasada dió Colón el nombre de *Golfo de las Flechas*, se hizo, pues, á la vela para España el 16 de Enero. Los vientos constantes del Este, tan favorables para la primera travesía, eran ahora contrarios, y fué preciso navegar las más veces de bolina, derribando mucho hacia el Norte. El tiempo se mostraba, sin embargo, muy bonancible, y cuando á principios de Febrero se remontaron hasta los 38 grados, comenzaron á disfrutar de los vientos occidentales, que les conducían rápidamente al término de su viaje. Para el día 11 habían adelantado tanto, que ya esperaba Colón ver muy pronto alguna tierra en las Azores; pero el 12 comenzó el mar á alterarse, y se vieron indicios de una próxima tormenta. Estalló en la misma noche, y aunque el día 13 pareció calmar un poco, al oscurecer volvió á agravarse, llegando á ser tanta su violencia, que agotados en vano todos los recursos de la náutica, mandó Colón recoger las velas, y á palo seco entregó su frágil nave á la furia de los elementos. Imitó la Pinta, y muy pronto la fuerza de los vientos separó ambas embarcaciones, creyéndose en cada una que la otra había perecido. Perdida ya toda esperanza de salvación por medios humanos, acudieron los

del almirante á las promesas y á las oraciones; pero el cielo parecía inexorable, y las olas embravecidas sacudían á la pobre barca amenazando tragarla á cada instante. Durante aquella terrible noche, la tempestad reinaba en el cielo y en el mar; pero su furor no alcanzaba á doblegar el ánimo invicto de Colón. Había luchado con todos los recursos de su saber, y viéndose vencido, llegó á persuadirse que era voluntad del Señor poner allí fin á sus días, y sepultar con él la memoria de sus grandes hechos. Mas la perspectiva de una próxima muerte no le aterraba: acongojábanle las quejas de la gente que le atribuía su perdición; le afligía la orfandad de sus hijos, y más que todo la infamia de su nombre, y la pérdida de aquel maravilloso descubrimiento. ¡Veinte años de vigiliass y de afanes iban á perderse con él aquella noche! El lazo con que sujetó á los dos mundos, estaba para romperse: la luz que su frágil navicilla conducía á las riberas del Viejo Mundo para disipar las densas sombras que le envolvían, iba á extinguirse en las ondas del Océano, sin esperanza de que volviera á encenderse en muchos siglos. Porque si él fué objeto del escarnio y mofa de los sabios y de los poderosos, cuando anunciaba sus designios, ¿quién se atrevería á ejecu-



tarlos, después de contemplar el desastroso fin del proyectista iluso?

Pero la fe era lo último que podía extinguirse en el ánimo profundamente religioso de Colón. Escogido por el Señor para tan alta empresa, la inspiración divina no podía ser infecunda: el artífice podría perecer, pero la obra debía salvarse, y se salvaría. Él ignoraba los medios, pero Dios los conocía, y eso bastaba. Sin embargo, temió abusar del poder del Todopoderoso confiando tan sólo en su Providencia, y quiso agotar todos los recursos humanos. En medio del espantoso desorden de los elementos, y á la siniestra luz de los relámpagos, escribe tranquilamente en un pergamino la breve relación de su viaje y descubrimiento: ciérralo con un sello, y pone el sobre á los reyes de Castilla, añadiendo una oferta de mil ducados á quien les entregue el pliego sin abrirlo: envuelto después en un lienzo encerrado, y metido además dentro de un trozo de cera, lo hizo poner en una cuba, que mandó arrojar al mar. Igual pliego, y resguardado del mismo modo, colocó en la tolda de su nave, para facilitar el hallazgo, si el casco iba á sumergirse cerca de las playas de la Europa. ¡Cuán grande aparece Colón en esta tremenda noche, cuidando con tan minuciosas precauciones de salvar la memoria de

su descubrimiento, en el instante mismo de creerse próximo á comparecer ante el tribunal de Dios!

Por fortuna aquellas precauciones, aunque prudentes, fueron inútiles: el 14 por la tarde se fijó el viento del Oeste, y en la mañana del 15 vieron ya la tierra, que los pobres marineros saludaron con tanta efusión de gozo como la primera que descubrieron en el Nuevo Mundo. Era la isla de Santa María, la más meridional de las Azores. Todavía hubo que luchar contra el mar agitado y los vientos contrarios, de manera que hasta el 17 por la noche no dieron fondo, y eso en tan mal surgidero, que perdida una ancla, se volvieron al mar, y no pudieron tomar puerto seguro hasta el 18 por la mañana. Admiraban los portugueses habitantes de la isla, cómo había escapado aquel buquecillo de tan deshecha borrasca, y más les maravillaba la relación de tan extraño y nunca oído viaje. Pero aguardaba allí á los trabajados españoles una acogida muy diversa de la que hallaron entre los salvajes de la América. Mandó el almirante, que en cumplimiento de una de las promesas hechas durante la tempestad, bajase á tierra la mitad de la gente, para ir á visitar con los pies descalzos una capilla de Nuestra Señora. Cuando más ocupados estaban los españoles en su



oración, caen sobre ellos los portugueses y los hacen prisioneros. Su tardanza en volver á la carabela, hizo temer á Colón algún mal suceso; infórmase y sabe lo ocurrido. Pide al punto que se le entreguen los suyos; median agrías contestaciones con el gobernador, y al cabo de algunos días consigue al fin que le sean restituidos los prisioneros. Disgutados con tal incidente levantó anclas el 24, sin aguardar á proveerse de leña ni aun de lastre. Tres días navegó con felicidad: los dos siguientes tuvo mar alta y vientos contrarios: el 1º de Marzo se cambiaron á su favor, pero arreciaban por grados. En la noche del 2 al 3 sobrevino una ráfaga tan furiosa, que destrozó las velas de la carabela, y la puso á pique de perecer: la lluvia caía á torrentes, el cielo parecía inflamado, y los truenos eran espantosos. Continuó la tempestad todo el día, y creciendo en la noche, fué preciso correrla á palo seco. Repitieronse las oraciones y promesas; pero á la media noche dieron vista á la tierra. Ignoraban cual fuese, y por eso se mantuvieron al mar con gran trabajo, hasta que venido el día reconocieron hallarse frente á la roca de Cintra, en Portugal, y á las tres de la tarde del 4 dieron fondo en el río Tajo. Las gentes de las inmediaciones acudieron á darles la enhorabuena, porque el día ante-

rior les tuvieron por perdidos, al verles resistir la furiosa tempestad en embarcación tan débil y pequeña.

Luego que se vió Colón en puerto seguro, escribió á los reyes católicos, participándoles su forzosa arribada, y también al rey de Portugal, pidiéndole permiso de ir á Lisboa, así para proveerse de algunas cosas, como para tener en mayor seguridad su nave. Aunque este soberano tenía circuladas órdenes á todos sus dominios para que fuese detenido Colón en caso de aportar á alguno de ellos, á lo que se debió el incidente de las Azores, quiso en esta vez mostrarse generoso, disimulando la pesadumbre que le causaba la pérdida de tan magnífico descubrimiento, ofrecido á él antes que á los reyes de España. Dispuso desde luego que á costa del erario se proveyese largamente á las necesidades de la carabela y de su gente, y mandó suplicar á Colón que tuviese á bien visitarle. Púsose desde luego en camino el almirante, y fué recibido con toda honra y magnificencia: hizo en presencia del rey la relación de su jornada; y este magnánimo monarca, sin dar oídos á los insidiosos consejos de sus cortesanos, le oyó varias veces con gusto, y le colmó de favores y ofrecimientos. Despedido Colón, todavía le alcanzó en el camino un mensajero del rey



diciéndole, que si deseaba ir á Castilla por tierra, sería acompañado y servido hasta la frontera de Portugal; pero Colón prefirió embarcarse. Llegado al puerto se hizo á la vela con tiempo favorable la mañana del 13, y entraba por la barra de Saltes el día 15 de Marzo de 1493, á hora de medio día.

Imposible sería describir el alborozo de los vecinos de Palos al ver llegar sanos y salvos á los compatriotas que lloraban por perdidos. Unieron todos sus acciones de gracias al Señor por tan milagrosa preservación, y en la tarde se dobló el júbilo común con la llegada de la Pinta. No venía en ella, sin embargo, el capitán Martín Alonso: arrebatado por la fuerza de la primera tormenta, había arribado al puerto de Bayona en Galicia: de allí pasó á Palos; mas como al entrar en el río vió fondeada la carabela Niña, temió que el almirante le castigase por la deserción de Cuba, y tomando el esquite dejó su buque y fué á ocultarse en otra parte. Ya desde Bayona había solicitado permiso para ir á dar cuenta de su viaje á la corte, y le fué negado. Sabida luego la marcha de Colón, se presentó en su casa muy enfermo y abatido, y á poco tiempo falleció. Triste suerte de un insigne marín o cuyo valor, empeño y riquezas, tuvieron

tanta parte en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Después de pasar algunos días en Palos, marchó Colón á Sevilla, desde donde envió un correo á los reyes, que estaban en Barcelona, con una breve exposición de sus hechos y de sus esperanzas. Volvió la respuesta dentro de pocos días, y fué tan satisfactoria como pudiera desearla Colón. Le daban en ella los reyes sus títulos de virrey, almirante y gobernador, le prevenían que fuese sin tardanza á la corte, y le encargaban que desde luego propusiese el plan de una nueva expedición, para disponerla antes que pasase la estación favorable del verano. En obediencia de la orden, y con tan lisonjeros anuncios, se puso en camino Colón y su jornada hasta la corte fué una verdadera marcha triunfal. En todas partes se agolpaba la gente, y salía á los caminos á encontrarle, colmándole de aplausos y bendiciones. Entró en Barcelona como en triunfo, rodeado de caballeros y cortesanos, con cuyo acompañamiento llegó á presencia de los reyes. Esperábanle éstos en público en un salón ricamente adornado, sentados en el solio real, con el príncipe D. Juan al lado, y una brillante comitiva. Presentóse Colón sin turbarse, y quiso doblar la rodilla ante los soberanos;



mas ellos no lo permitieron, sino que alzándole benignamente le hicieron la señalada merced de mandarle sentar para que hablase. Hízolo con la gravedad que pedía la presencia de tan altos personajes, pero con todo el fuego de su natural elocuencia. En apoyo de sus palabras presentó las raras muestras de animales, plantas y frutos que había traído, señaladamente las de metales preciosos, que tan magníficas esperanzas ofrecían, y llamando la atención sobre seis isleños que estaban presentes, discurrió acerca de los usos y costumbres de los naturales, ponderando con especial su aptitud para recibir la fe católica, cuya propagación era el primer móvil y fin de aquella gloriosa empresa. Acabada la relación, todos los circunstantes, siguiendo el ejemplo de los reyes, doblaron las rodillas, mientras los músicos de la capilla real cantaban el himno *Te Deum laudamus*, para dar gracias al Soberano Señor del universo por aquella nueva é insigne manifestación de su misericordia y poder.

A ejemplo de los reyes que oían á todas horas á Colón y le colmaban de favores, los más altos personajes tenían á grande honra el recibirle en su casa y á su mesa. La persona y empresa del descubridor eran el objeto de la atención general: la nueva

de su descubrimiento se difundió con increíble rapidez por toda España y pasó de allí al resto de la Europa. No sería posible pintar el efecto que produjo en todas partes. Un campo ilimitado se abría al estudio de los sabios, al celo de los religiosos, y á la codicia de los aventureros. Por eso se aguardaban con ansia nuevas noticias de aquellas ignotas regiones, que apenas escudriñadas en sus orilla llenaban ya de admiración al mundo. Y en la creencia de que pertenecían al extremo occidental de la India, como afirmaba su mismo descubridor, comenzaron á ser llamadas *Indias Occidentales*, aunque por hallarse en el opuesto hemisferio y por la extrañeza de su clima, producciones y habitantes, recibieron también el nombre de *Nuevo Mundo*. Ni entonces, ni en ningún tiempo usó el gobierno español de otro nombre que del de *Indias Occidentales*; el de *América* con que hoy es conocida esta parte del mundo, trae su origen, como todos saben, del florentino Américo Vespucio. Se ha hecho á éste un grave cargo de superchería por haber dado su nombre á los países descubiertos por Colón; mas parece que no tuvo en ello parte alguna. Discusión es ésta, sobre curiosa, interesante; pero ajena de este lugar y la reservamos para el suyo propio.